

287

"LOS CESARES DE LA DECADENCIA TENIAN UN SOLO PROGRAMA: PAN Y CIRCO".-
VASCONCELOS
Al Margen de los Días: COMPLEJOS: Por Ramón Vasconcelos

El carnaval resucita en la Habana.

Los Césares de la Decadencia tenían un solo programa: Pan y Circo. Generalmente las muchedumbres no piden otra cosa. Para su vientre, el pan. Para su espíritu, fiestas.

Si fuéramos césares, aunque lo fuéramos de la Decadencia, le daríamos al cubano una de las dos cosas, si las dos las tuviéramos a manos: Pan o Circo. Y puesto que el pan anda escaso en todas partes, le ofreceríamos frecuentes espectáculos públicos para que dispendiera sus nervios y olvidara un poco su miseria.

Mussolini da más Pan que Circo. Hitler da más Circo que Pan. Stalin suministra proporcionalmente ambas cosas y matanzas de herejes. En tiempos de guerra y de calamidades los teatros se llenan, cualquier pretexto reúne a las multitudes. Es que el instinto de conservación, o el espíritu de solidaridad social, como se le quiera llamar, agrupa a los hombres en los momentos de peligro, como si el peligro, repartido en partes alicuotas, fuese menor para cada uno.

Los redoblantes que acompañaban a los granaderos y percutían mientras los piquetes de ejecución fusilaban a los facciosos, tenían un papel: envolver y confundir el ruido de las descargas con el del parche.

¿Que sería de los desfiles, de las grandes paradas, sin los clarines y sin las charangas militares?

Cuando la Magdalena no está para tafetanes es que se necesitan las expansiones. Emilio Bobadilla estaba de duelo reciente por la muerte de un familiar cercano. Se

fué al teatro. Se encontró allí con un amigo:

—Pero cómo. ¡Tú aquí, habiendo enterrado ayer a Fulano!

—¿Y cuándo necesita uno distraerse, cuándo está triste o cuándo está alegre? —preguntó Bobadilla.

II

¿Estamos preocupados o estallamos de felicidad los cubanos? Si el azúcar se anunciara sobre los tres centavos; si respiráramos bienestar por todos los poros; si no nos oprimieran las inquietudes de lo imprevisible; si viviéramos una normalidad modesta, pero decorosa y responsable; entonces, cada hijo de vecino se divertiría por su cuenta y riesgo.

Pero el caso es distinto y hay que administrar la alegría oficialmente, hay que llenar de música y de luz el ámbito de la ciudad.

Y ninguna ocasión tan oportuna como el Carnaval.

Reinas de belleza con su corte efímera, carrozas deslumbrantes, batallas de serpentina, bullicio y aglomeración que aturden y obren sobre el ánimo público como un calmante.

Eso está bien.

Además, hay que ofrecerle algún señuelo al turismo y nada como la nota típica; si es posible, diametralmente opuesta a la que le es familiar.

Nos parece, si se va a presentar al turista una Cuba cubana, una Habana criolla, carnavalesca de verdad, que no se puede prescindir de las comparsas.

El alcalde Beruff, con muy buen acierto, pensó en un desfile de comparsas a la antigua usanza. Ha habido protestas, según se dice, y el alcalde habanero se ha concretado a una exhibición en campo cerrado, con reglamento y precauciones, para que no degeneren... en ñañiguismo.

III

Bueno, cada quien está en el derecho de opinar sobre esto como le plazca. Pero, por lo mismo que la objeción viene de la parte de color, me parece bastante ridícula. ¡Hombre, hombre...!

¿Negrofilia con el folklore? Creer que la evocación del pasado habanero empuje al negro y es una regresión resulta inocente, pueblerino, o como decimos en la jerga popular: "picúo".

No. La tradición no ridiculiza a nadie. Las cosas son como son y se cubren de ridículo desde que empiezan a no ser lo que son y a disfrazarse de lo que no pueden ni deben ser.

Este complejo de inferioridad — hecho de zumos coloniales — es uno de los lados flacos del cubano. No ser como es ni lo que es equivale a no ser nada ni nadie. Y

eso va siendo el criollo: nadie ni nada.

Pero es que lo único que casi le queda al negro es su tipicidad, es su negrismo, su derecho a ser como es y lo que es! No le han dejado otro capital que su alma solar, que su alegría crepitante, que su impermeabilidad para el dolor. No hablamos, claro está, del hombre de color de selección — que ya no es de color, sino de selección — ni de ese otro tipo que va definiéndose cada vez más, con una conciencia de clase — más fuerte que la de raza — muy lúcida, y que milita en las izquierdas (no las izquierdas a la cubana, que son todas, todas, racistas, negrófobas; si no que lo digan todos los sectores revolucionarios, sin excepción alguna). Ese negro de espíritu nuevo está preocupado por los grandes problemas que se debaten en el mundo: el del pan, el de la cultura racionalizada, el de la reivindicación humana, y no le da gran importancia al "son" ni "arrolla" en la comparsa. De ese grupo social no se habla. Se habla del "vulgo", de la gente sin ideas especiales de la vida, que acepta de ésta lo que ella graciosamente le da.

¿Y qué se quiere: que haya masas, negras o blancas, que anden de frac y tengan ademanes de salón? Esas mismas "muestras gratis" de

comparsas se ven fuera de ambiente, como la bailadora de rumba cuando baila entre "personas serias".

Por otra parte, ni las comparsas ni el ñañiguismo son cosas exclusivamente negras. Hubo ñañiguismo negro y ñañiguismo blanco, comparsas blancas, negras y entreveradas. Y aunque sólo fuera para defenderse y agredir o para divertirse, — que son por lo general los estímulos que llevan al cubano a reunirse — existían asociaciones en que se ejercitaba, sea como fuere, cierta solidaridad. Con cepto que opuesto al de desintegración, siempre es bueno.

Nosotros, en lugar del alcalde Beruff Mendieta, resucitaríamos las comparsas tal y como fueron de pintorescas y de originales, para los que quisieran mostrarse como una estampa del pasado, y dejaría oportunidad para otras comparsas de factura moderna a los que preferieran presentarse en forma distinta. De ese modo podrían desfilar, con sus farolas, sus canciones, sus tambores, sus güiros, sus guitarras, su colorismo maravilloso: "El Alacrán", "Los Congos Jibres", "Los Moros", "Los Negros Buenos", "Los Chinos", "El Gavilán", "Los Juajiros del Jiquí", veinte, treinta, en un espectáculo feérico, lleno de luces y de cantos bajo la noche habanera.

¿Por qué no? Y como un avance, podrían desfilar grupos atléticos, bandas y orquestas, equipos simbólicos como los que se ven en las manifestaciones conmemorativas de Moscú, con cartelones, que sean críticas humorísticas, llamadas a la acción constructiva, loas al trabajo, al biceps fuerte, a la máquina, a todos los valores de liberación social, dentro de una tendencia festiva y popular.

IV

¡Ah, "La Cónge", por invitaciones y de smoking! "Los Hijos de Quirina" y "Los Nietos de Aguirre" con traje de suaré! El turismo va siendo en Cuba y en todas partes una gran industria y va teniendo su táctica propia de captación del forastero. Pues bien, en todas partes hemos visto, como mayor "gancho", la nota típica, el "color local". Si no, ¿para qué se viaja, sobre todo cuando se viaja por cambiar de horizontes? Todas las oficinas de turismo están repletas de prospectos y cartelones que muestran reproducciones de los tipos y costumbres locales y describen las peculiaridades de cada región. Es más, ya se hacen mapas "costumbristas" con figuras vestidas a la manera regional y con los atributos de su tradición. Y nadie cree que porque en Galicia se toque la gaita, en Cataluña se use la barretina, en Bretaña se saquen los "perdo-

nes" (que son una especie de comparsas religiosas, marítimas), en Nápoles se bailen tarantelas, en Bali se den exhibiciones de danzas sagradas, en fin, que en cada lugar se reviva y cultive lo que no hay en ninguno otro; nadie cree, repetimos, que eso sea una deshonra y descalifique al pueblo, a la región o a la raza que los brinde a la curiosidad del extranjero.

¿Por qué se recorren las vitrinas donde nos invitan a un viaje redondo por las tierras berberiscas, por las mismas regiones de Francia, España e Italia; por qué se aprovechan las festividades de cada sitio para hacer reportajes y propagandas que despierten el interés de los que andan de un lado al otro del mundo buscando "algo nuevo"?

En París —señoras y señores— en todos los cabarets de moda de Montmartre y Montparnasse, hace furor, ¿qué cosa: el vals vienes, el minué?; no, ¡La Conga! Pero una "conga" afrancesada, que no se puede identificar más que por la graciosa manera que tienen las francesas de "alzar el pie"

¿Por qué renegar de lo que es genuino, de lo que es popular? ¿Es que el "Sóngoro Cosongo" deshonra a Guillén? Es que las mejores producciones de Lecuona no están impregnadas, como las de Moisés Simons y las de Caturla, de afro-

cubanismo? Que vengan las comparsas, libres, a sus anchas, como en los tiempos "heroicos"; que "arrollen" con decencia, sin la nota lúbrica, y que se restablezca la inofensiva rivalidad por llevar una farola más grande al paseo o cantar una canción más "caliente".

No se exija que el ron se tome en baccarat, que el "carabalí" se cante con arpa y que el danzonete se ajuste al modelo clásico. Así estaremos perdidos... Bastante Madame Sans-Genie y Monsieur Prudhomme tenemos para agregar nuevos remiendos de importación a nuestras costumbres y tradiciones. Ya estamos hartos de cursilería, de picuismo, de escenas y personajes de opereta! Queremos criollez, tipicidad, "color local", aunque se irrite el complejo de inferioridad que a ratos nos hace querer ser lo que no somos y que es la mejor manera de descubrir lo que cada hijo de Cubanacán lleva de africano en las venas. Porque, como en el poema "mulato" de Guillén y en el cuento de Lino Dou, en que el tema es el tambor:

"Aquí es que más alto esté responde si llamo yo"

Incluso nos reconciliaríamos con "Alhambra" si Regino y Villoch lo resucitaran, pero con música y artistas y ambiente que fueran una selección de la tierra sin postizos ni aclimataciones de pornografía extranjera. Es decir, con buena música, buenas obras, buenos artistas, y todo, criollo cien por ciento.

Pan y Circo. Por lo menos, Pan o Circo. Por ese sistema de gobierno, parece que en Roma todavía recuerdan a Nerón.

*Del País
Feb. 10/34*

